



SIN BARRERAS. El alambrado colocado por el ejército estadounidense no impidió a los migrantes brincar el muro fronterizo.

MIGRANTES: LA CARRERA CONTRA EL TIEMPO

No importa de qué lado del muro fronterizo se encuentren, los migrantes que buscan llegar a Estados Unidos viven una carrera de obstáculos para poder quedarse en la tierra prometida.

POR: David Santiago

FOTOS: RAFA MONTIEL



A dos cuadras del muro fronterizo entre México y Estados Unidos, Jesús Enrique Meza camina por El Paso Street con una actitud relajada y una sonrisa dibujada en su rostro. La hazaña lo vale. Hace más de cuatro meses cerró la puerta de su casa y dejó atrás a su familia en Venezuela para sumarse a la ruta migrante, junto a centenares de sus paisanos, con la meta de pisar el suelo donde hoy está parado.

Meza es uno de los afortunados que lograron cruzar a Estados Unidos, horas antes de que el pasado 11 de mayo llegara el fin del Título 42, medida que se implementó en el gobierno de Donald Trump como recurso sanitario ante el covid-19 y que sirvió para expulsar, vía *fast track*, a casi 2.7 millones de migrantes.

En El Paso, Texas, con la promesa de “portarse bien” y con su permiso que le otorga estancia legal en Estados Unidos, el venezolano inicia una nueva carrera contra el tiempo, pues tendrá 60 días para lograr la condición de refugio que le permita quedarse en ese país y poder cumplir la promesa a su familia de “sacarlos adelante”.

En la misma condición está Alejandro Romero, otro migrante venezolano que descansa en una banca en las calles del centro de esta población que colinda con Ciudad Juárez, Chihuahua, y donde toma fuerzas para emprender un viaje de 2,600 kilómetros hasta Ohio, con la ilusión de encontrarse con su madre. “Mi misión es trabajar, que es lo que venimos a hacer aquí”, expresa Romero.



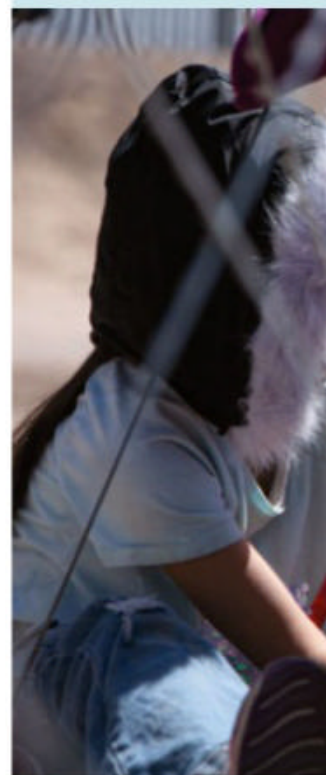
BIENVENIDA. El arco que conecta a El Paso Street es la puerta de entrada a EU desde Ciudad Juárez.



Para los migrantes que han caminado miles de kilómetros desde sus países, llegar a la tierra prometida no implica mejorar sus condiciones de inmediato, la mayoría ha venido sólo con la ropa que trae puesta y, algunos, con su teléfono celular. Por las calles del barrio Chihuahuita todavía muchos viven en campamentos en las calles, con poco acceso a servicios, y rondan para conseguir empleo por 30 dólares al día que les permita comer y juntar para el pasaje a sus destinos.

En México está la otra cara de la moneda: centenares de migrantes que no lograron llegar a tiempo y que ahora buscan una nueva manera de cruzar, a pesar de las más severas restricciones que ya imperan en Estados Unidos. Muchos están varados en Ciudad Juárez y, al igual que los de El Paso, duermen en campamentos improvisados alrededor de las instalaciones del Instituto Nacional de Migración (INM) bajo la sombra de una tragedia: la muerte de 40 migrantes en el incendio de una estancia migratoria el 27 de marzo.

Así, desde el río Bravo, decenas de migrantes observan el muro de metal y algunos, como Juan Mijares, están decididos a quedarse ahí el tiempo que sea necesario para poder cruzar: “Rendirme, nunca; retroceder, jamás”, dice este migrante que hoy tiene como vivienda un tienda de campaña a un paso de la tierra prometida.



PUERTAS AL CIELO. Migrantes hacen fila en una de las puertas entre México y EU para solicitar refugio en ese país.





“**TODOS MERECEMOS UNA OPORTUNIDAD, TODOS SOMOS IGUALES.**”

Kenneth Davalillo,
migrante venezolano.



LA ESPERA. Migrantes permanecen a las orillas del río Bravo en busca de la oportunidad de cruzar el muro entre México y EU.

